

bendigo todas las Casas de las Hijas de María Auxiliadora, bendigo á la Superiora General y á todas las Hermanas; procuren salvar muchas almas.

Esta noche ha dicho al Ilmo. Sr. Cagliero: — *Deseo te quedes en Italia hasta que se arreglen todas las cosas después de mi muerte.* — En seguida suplica á Su Ilma. le dé la bendición.

27 de diciembre.

Siempre de buen humor.

Celebra la Iglesia la fiesta de san Juan Evangelista patrono de nuestro Padre. Ha oído la santa Misa y comulgado.

A medio día se trataba de cambiarle de cama y discutíase sobre el modo de hacerlo:—*Hé aquí*, dijo Don Bosco al Sr. Belmonte, sonriéndose, *es preciso hacer así: atarme una cuerda al cuello y tirar de una cama á otra.*

En este cambio, que se repite casi cotidianamente, así cómo cuando se le tienen que acomodar las almohadas, sufre inmensamente. Sin embargo no pierde el buen humor. — *¿Le he hecho mal, Don Bosco?—¡Oh cierto*, responde, *no me haces bien!*

Al anoecer ha venido el Sr. D. Domingo Tineti, director de *La Unitá Cattólíca*, al cual Don Bosco enternecido y en voz muy baja ha dicho:— *Como en el pasado, le recomiendo la Congregación*

Salesiana y nuestras Misiones.—Añadióle después estas palabras de suma benevolencia, asegurándole que siempre serán amigos hasta el Paraíso.

28 de diciembre.

Don Bosco no pide sanar.
Los doctores.

Esta mañana los médicos le encontraron bastante mejor.

Es de notar que Don Bosco, rogado mil veces por todos, que pida al Señor la salud, no ha querido nunca hacerlo, y dice:—*Hágase en mí la santa voluntad de Dios.* — Cuando le sugieren jaculatorias, él las repite; pero cuando alguno le dice:— *María Santísima, haced que yo sane*, no responde.

Conviene también advertir que muchos diarios publican todos los días el boletín sanitario de Don Bosco y hablan de él. La Casa está continuamente llena de gente que desea saber noticias. Vienen asimismo muchos correspondientes de diarios de Italia y del extranjero. Los telegramas se suceden á cada momento. Se nota un movimiento extraordinario, un continuo llegar de directores de nuestras casas de Italia, España y Francia.

En tanto cartas de los más remotos países anuncian oraciones extraordinarias públicas y privadas, triduos y novenas.

No hay monasterio, convento ó comunidad donde no se ruegue con gran fervor por la salud

de Don Bosco. En muchas de nuestras casas hácese la adoración continua al Smo. Sacramento. En muchísimas familias de Cooperadores se llora, se ruega y ofrécese la propia vida á Dios, hácense votos y promesas. Lo mismo sucede entre los Salesianos.

Esta mañana vino una respetable señora á la portería; preguntó noticias y se le señalaron las que daba la *Unità Cattólica*. Se sentó, púsose á leer, y llorando á lágrima viva, por las mejores noticias que había leído, colocó en manos del portero su portamonedas, diciendo: — ¡Oh! sí, diga á Don Bosco que sane pronto, y entréguele esta limosna. — Eran cuatrocientas pesetas en oro, que ofrecía para los pobres huerfanitos.

Don Bosco suplica con frecuencia á los médicos que le manifiesten su estado, — *porque, añade, sepan que no temo nada. Estoy tranquilo y dispuesto.*

En efecto, á Don Pablo Albera, director del Hospicio de S. León en Marsella, que le decía: — *Es la tercera vez, Don Bosco, que llega á las puertas de la eternidad, y después vuelve atrás por las oraciones de sus hijos. Estoy cierto que ahora sucederá lo mismo.*

— *Esta vez no vuelvo,* le respondió Don Bosco.

Los recuerdos que estos días ha inculcado con más frecuencia y hecho también escribir, han sido: *Decid que se tenga fe y se recomiende la observancia exacta de las reglas.*

Interrumpimos el Diario para narrar una visita

de un corresponsal del *Figaro* de París. Hé aquí sus palabras: — «Serían las 10 de la mañana cuando me presenté al Sr. Don Celestino Durando, el cual con suma afabilidad púsose á mi disposición á fin de darme todas las informaciones que deseaba. Díjome que Don Bosco estaba gravemente enfermo sin que su estado dejase esperanza de curación. — Dentro de un rato, continuó, habrá consulta de médicos. Dispénseme, añadió, si, por un momento, me ausento para ir al lado del enfermo. Me parece que no podrá Ud. hablarle, pero venga, yo dejaré la puerta abierta y de este modo al menos podrá verle.

» Le seguí y entramos en una antesala donde estaban dos médicos, los Sres. Fissore y Albertotti. El Dr. Fissore, al cual me dirigí, respondióme en estos términos: — Don Bosco se va, no tenemos esperanzas de salvarle. Su enfermedad es una lenta consunción de la médula de la espina dorsal; el hígado y los pulmones están también contagiados, de suerte que es imposible poner remedio. — ¿A qué atribuye Ud. esta enfermedad? — Ninguna causa directa la ha producido, sino que más bien es el resultado de una debilidad general, de una vida consumida por el excesivo trabajo y llena de continuas agitaciones. Don Bosco, repito, se ha consumido por el demasiado trabajo, así es que no muere de enfermedad, sino que es como una luz que se apaga por falta de aceite.

» Algunos jóvenes sacerdotes esperaban con ansia noticias en aquella misma antesala cuyos

muros están adornados de cuadros sencillos. Entre ellos hay uno que representa las ciento cincuenta casas, fundadas por este grande apóstol de la caridad. En medio de dos fotografías se halla el retrato al óleo de su madre, mujer de sublimes virtudes, nacida en Capriglio de Asti, la cual abandonó su casa para irse con su hijo á Turín y ayudarle á fundar su primer establecimiento. Los médicos salieron con el Sr. Don Durando y yo pude ver rápidamente al enfermo. La consulta duró veinte minutos y, cuando los médicos se fueron, Don Durando me dijo que Don Bosco, habiendo oído que estaba allí un representante del *Fígaro*, deseaba verle y darle gracias por la benevolencia demostrada por sus obras.

» El Dr. Sr. Fissore me abrió la puerta, recomendándome que no le hiciera hablar.

» Don Bosco hallábase tendido en un modesto lecho de hierro y en un aposento que puede decirse más bien celda de un fraile. Su fisonomía dulce y angélica, se sonreía; sus ojos fijábanse en mí tiernamente; con trabajo y muy despacito me alargó la mano y apretó la mía. Sus labios se movían como si hubiese querido dirigirme la palabra. Yo me incliné. Acerqué mi oído á su boca y entendí me decía: — *Gracias por vuestra visita... rogad por mí.* — ¡Aquel santo hombre, en medio de su humildad, decíame que rogase por él.

» El sabe que su vida es brevísima, sin embargo, está siempre afable y cariñoso; está resignado y espera la muerte con admirable tranquilidad.

» Yo no podía apartar mis ojos de los suyos; pero, como temía ser molesto al enfermo, me retiré profundamente conmovido con el pensamiento de aquella sublime existencia que ha librado de la miseria y del vicio á millares de niños.»

29 de diciembre.

Bendiciones.

Esta tarde se ha sentido bastante mal y como en continua somnolencia.

Ha hecho llamar al Señor Don Miguel Rua y al Ilmo. Sr. Cagliariero y con fatigosa voz les ha expresado el encargo siguiente para todos los Salesianos: — *Ordenad vuestras ocupaciones. Amaos, ayudaos y usad de benevolencia entre vosotros; conducíos como hermanos. Jamás os faltará la protección de Dios y de María Santísima. Orad y pedid oraciones por mi salvación eterna. Alter alterius onera portate... Exemplum bonorum operum... Doy mi bendición á las casas de América, á Don Costamagna, Don Lasagna, Don Fagnano, Don Tomatis, Don Rabagliati, al Ilmo. Sr. Lacerda y á las casas del Brasil; al Rvmo. Señor Arzobispo de Buenos Aires, al Ilmo. Sr. Espinosa y á las casas de Quito, Londres y Trento. Bendigo á la casa de San Nicolás y á todos nuestros buenos Cooperadores de Italia y á sus familias; siempre recordaré el bien que han hecho á nuestras misiones.*

A eso de las 10, por medio del Ilmo. Sr. Ca-

gliero, ha recibido la bendición papal, y ha pedido á este prelado que, haciendo sus veces, recite el acto de contrición. En seguida le ha dicho: — *Propagad la devoción á María Santísima en la Tierra del Fuego... ¡Ah!..., ¡Si supiérais cuántas almas quiere María Auxiliadora llevar al cielo por medio de los Salesianos!*

A medida que se avanza la noche el enfermo está más tranquilo.

Esta tarde se han recibido noticias de Roma. Anuncian que en la iglesia del Sagrado Corazón se observa un constante entrar y salir de príncipes, monseñores, obispos y cardenales que piden noticias de Don Bosco. El mismo Padre Santo manda cada día á saber cómo sigue. En Barcelona se han establecido tres centros para complacer á tantos que desean conocer el estado del enfermo. En París con semejante motivo, acude sin cesar á la casa de Ménilmontant una afluencia extraordinaria de gente. Lo mismo sucede en casi todas las ciudades donde hay alguna Casa salesiana.

El Sr. Don Antonio Sala, Ecónomo General, llamado por telégrafo, ha llegado de Roma. Inmediatamente viene á Don Bosco y le avisa cuánto ruegan todos sus hijos en Roma por su salud; le agrega que nuestro Protector, el Emmo. Señor Cardenal Parocchi, sumamente condolido de su enfermedad, le manda la bendición.

Don Bosco expresa su tierno agradecimiento y con voz apagada añade: — *Procura tener bien informado á Don Rua sobre todo lo correspondiente al*

orden material de la casa.— Lo haré. Aquí me tiene Ud. enteramente á su disposición. Seré muy feliz si en algo puedo serle útil.— Sí. Y desde luego me darás placer en ayudar á mi enfermero que tanto me atiende de día y de noche.

30 de diciembre.

Recomendaciones.

Acercándose el fin del año, Don Miguel Rua pregunta á Don Bosco qué recomienda para el próximo á los escolares. — *La devoción á María y la Comunión frecuente*, le responde Don Bosco: *y á los Salesianos (por segunda vez) les recomiendo el trabajo, el trabajo.*

Anúnciale el Sr. Cerruti que en el hospicio de Sampierdarena ha estado una baronesa de Génova á hacer una limosna de 400 pesetas y recomendar encarecidamente que se ruegue mucho por la salud de Don Bosco. Le agrega que él le ha expresado el más sincero agradecimiento y asegurando que Don Bosco le dará la bendición desde su lecho.

— *Sí, la bendigo de corazón.*